

ALFONSO GOIZUETA

EL SUEÑO DE TROYA



Alfonso Goizueta



El sueño de Troya

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Alfonso Goizueta, 2025

Autor representado por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.020-2025

ISBN: 978-84-08-30886-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España



EL NARRADOR EN EL GINECEO: (...)

Mi memoria ya no es lo que era, pero aun así confío en acordarme de todos los detalles de esta historia. Si alguno se me escapa, intentaré suplirlo con una invención que pase desapercibida, disfrazándola quizá de recuerdo verosímil.

No me parece algo tan grave. Uno puede y, si se me apura, *debe* imaginarse su vida, inventándose sus recuerdos, a fin de hacerla menos dolorosa cuando se contemple desde la vejez. Así lo han sostenido grandísimos escritores (futuros, si bien no consigo ubicarlos en la línea del tiempo ni despacharlos con un «me sucedieron», pues nunca fui —¡ya hubiera querido!— su predecesor en nada). Frente a lo que siempre se ha dicho, no es el futuro sino el pasado (nuestro propio pasado) lo que podemos escribir a voluntad como si fuera una página en blanco, llenándolo con cuantas aventuras queramos, por fantasiosas que sean, pues, al cierre de la vida, a la memoria aturdida por los vapores de la muerte inminente le será imposible discernir entre los recuerdos que fueron reales y los que fueron ficción... Si es que acaso los recuerdos son algo más que ficciones.

Dicho esto, procedo a relatar esta historia que, por la naturaleza de su protagonista, desde hace tiempo me fascina tanto como me atormenta.

Hace años (no importa cuántos) conocí a un hombre tan hastiado de cuanto lo rodeaba que decidió rebelarse contra la realidad, imaginando de nuevo su pasado, escrutando fantasiosos destinos para su futuro, y trufando su presente de aventuras tan fingidas como extraordinarias. Así, en el momento de morir —derribado por la fiebre un húmedo 26 de diciembre de 1890, en la ruinosa *suite* del Gran Hotel de Nápoles—, pudo volver la vista sobre su pasado y decirse, felizmente, que había tenido la vida que siempre soñó. El hecho fue que vivió aquellas aventuras con tantísima verosimilitud y creyó en ellas con tanta fe, que todos los que de ellas participamos —ya fuera en persona o a través del estudio póstumo de su figura en los libros— las tomamos por incuestionablemente verdaderas. En otras palabras: la ficción acabó saltando de la página y contagiándose al mundo. Temo por tanto que cualquier intento (como el presente) de confinar de nuevo la novela a la página y desvelar los hechos tal como fueron esté condenado al fracaso. En este caso, como en tantos otros, ni el alquimista más diestro podría separar y devolver a sus formas elementales la realidad y la ficción; ambas están irremediablemente adulteradas con impurezas de la otra, se han convertido en una aleación de estructura molecular demasiado enrevesada como para devolverlas a su estado elemental.

Me voy por las ramas. Estaba hablando de aquel hombre al que conocí y que me fascinó.

Todas las fascinaciones, en especial las fascinaciones oscuras como las que aquí relato, surgen porque encontramos en el sujeto fascinante (y a menudo aterrador) algo de nuestro propio ser. Algo compartimos, por lo general algo que nos avergüenza, o que quizá desconocemos de nosotros mismos, pero que sospechamos poseer en alguna recóndita cueva de nuestro corazón. Por ínfima que sea esta

partícula compartida, la sentimos colosal, pues la sombra que proyecta sobre nosotros, sobre nuestras conciencias, en verdad lo es. Llega incluso a atormentarnos la pesadilla de que el ser que nos causa esa suerte de horror fascinado (ese *awe* que tan finamente referirían los ingleses) seamos en realidad nosotros mismos.

En el tiempo en que sucedieron estos hechos, yo soñaba con ser escritor y descifrar los arcanos de la literatura, transitar los límites entre la realidad y la ficción, dominar los maleficios de la narración, desafiar el tiempo y sus reglas, adentrarme en las metáforas para perderme en sus laberintos, sentir el sinsabor de las obsesiones a las que sólo la tinta consigue dar cauce. Creo que por eso me causó tal fascinación alguien capaz de inventarse las aventuras de su vida. El hombre del que hablo había escrito su propia novela sobre la realidad en vez de sobre papel, y con sangre en vez de tinta. Cuando lo conocí —hablaré pronto, muy pronto, de él, lo prometo—, yo contaba con veinte años de edad y estaba todavía lejos, muy lejos, de escribir como para comprender su artificio. Sin embargo, sospecho que aun entonces algo ignoto en mi ser ya predisponía cada una de mis células para la tarea de comprender lo visible y lo invisible a través de la literatura, por lo que su empeño no me resultó del todo ajeno.

Lo que sí era yo por aquel entonces era un empedernido lector. Pasaba los días en las bibliotecas embriagado por el ceroso olor del papel viejo, en el que se mezclan aromas de humedad y madera, y a veces notas sulfurosas, sobre todo cuando se han empleado ciertos químicos para preservar las páginas de los incunables, o para envejecer las de libros modernos y hacerlos pasar por reliquias. Las novelas eran las únicas aventuras en las que me embarcaba; mis libros me ofrecían todos los mundos del conocimiento (que no son pocos) y eso me bastaba. Un paseo de vez en cuan-

do por nuestra cenicienta Atenas, una subida a la acrópolis, la escritura de un poema, breve y muy malo, sentado en un mármol frente al mar completaban mi felicidad. No me consideraba el tipo de hombre al que la vida fuese a deparrar acción y grandes hazañas, pues éstas sólo les vienen, confiaba yo entonces, a quienes se afanan en buscarlas, por ejemplo a mis tres mejores amigos.

Ioannis, Miguel y Pedro siempre andaban buscando que la vida los sorprendiera. En vano me animaban a ir de excursión con ellos a bucear cerca del cabo Sunión, donde decían se hallaba el pecio de un galeón veneciano; al agreste monte Parnaso, donde un arqueólogo francés había descubierto las ruinas del templo de Apolo y las musas; o simplemente a colarnos en la fiesta de una joven de buena familia de quien se rumoreaba había dejado al prometido y estaba ansiosa por encontrarle un sustituto. Me querían y creo que me respetaban, pese a que se dolieran de tener como cuarto integrante del intrépido grupo a un mosquetero poco avenido a la épica. Es posible que algo en mí los envidiara, o que al menos se preguntara, con precoz nostalgia, si al final de la vida no me arrepentiría de haberme privado de correr aventuras y sufrir desengaños, si no eran precisamente ésos los años para ser como eran mis tres amigos, cuando todavía los huesos lo soportaban. No obstante, aunque a veces albergara esa duda, lo cierto es que me sentía cómodo en mi vida y complacido con mis aficiones; no era en absoluto un insatisfecho crónico, a pesar de albergar a veces esa duda. Por suerte, cada vez que me invadían esos sentimientos de lástima por la juventud efímera, por los años que se prometían fiel recuerdo del anterior y honrada promesa del siguiente, mi padre me consolaba y me desquitaba de tales pensamientos.

El buen hombre había sido médico en nuestra guerra de independencia contra los otomanos. Nunca me habló

de sus años en el frente, pero no me hizo falta: siempre vi en sus dolidos ojos azules el sufrimiento que ocasionan, aun a la vejez, los recuerdos indelebles de una guerra en la juventud. Por eso mi padre despreciaba (y yo con él) el ánimo de mártir de mis amigos que, como tantos otros chicos de nuestra edad, al poco de abandonar la Academia Militar, identificaron ese romántico correr aventuras de las novelas con hacer la guerra en el mundo real. Con aquello jamás fantaseé.

Decidido sin pudor a una pequeña existencia burguesa, presto a abdicar de la posibilidad de una vida corta pero ancha, cumplidos los veinte años esa primavera y sobrevivido el paso obligatorio por la Academia Militar (lo cual habría sido imposible sin el apoyo de Ioannis, Miguel y Pedro), opté por matricularme en la facultad de Derecho. Albergaba la esperanza de convertirme en un abogado mediocre o funcionario del Estado, algo que me permitiera continuar dedicando tiempo a mis lecturas y, quizá en un futuro, probar suerte con la escritura, que lejamente me tentaba como una sirena.

Mis tres amigos no ocultaron su decepción al enterarse de mis planes. Aun cuando no eran ningún secreto, los pobres diablos habían llegado a pensar que, a la hora de la verdad, me lanzaría, como los héroes de antaño, a por mis armas al oír el redoble del tambor, abandonaría la seguridad del gineceo chorreando un coraje viril por cada uno de mis poros y atendería la llamada de la gloria. Me acusaron de contentarme con vivir media vida, de ansiar apolillarme en mi biblioteca soñando con un mundo que en realidad se encontraba ahí fuera, al alcance de mi mano, un mundo que además necesitaba de mí, me dijeron, de mi conocimiento, porque ahí fuera, amigo Nicholas, se está librando una batalla entre el bien y el mal, entre las fuerzas de la civilización y la barbarie, y el esfuerzo de cada hombre cuenta.

¡Qué gran aventura tenían en la cabeza...! Era la época de los nacionalismos y por entonces no había joven en Grecia ni en Europa que no creyera que la forma de vida patria estaba en peligro y que era menester acudir a las armas para defenderla de sus enemigos —invisibles en su mayoría.

Es cierto, no obstante, que para Grecia el enemigo era perfectamente concreto y visible, a la par que muy cercano. Nuestro joven país apenas contaba con cuarenta años de independencia y, al otro lado del mar Egeo, el Imperio otomano, nuestro antiguo opresor, continuaba relamiéndose la herida de nuestra sedición y enseñando los dientes. Bajo su yugo quedaban aún decenas de poblaciones griegas que soñaban con ser libres. La última en rebelarse había sido la heroica isla de Creta. La revuelta patriota, comenzada cuatro años antes, en 1866, había terminado en derrota, pero algunos focos rebeldes todavía aguantaban en las montañas, dispuestos a organizar la resistencia. Ésa era, según mis amigos, la batalla en que se decidía el signo de nuestro tiempo: era imperativo para todo griego de bien acudir en ayuda de los cretenses para expulsar al enemigo.

—Nosotros *sí* vamos a alistarnos en el cuerpo de voluntarios de la Armada —me dijo Ioannis.

Ese plural que denotaba, como es obvio, que yo no, fue la más dolorosa acusación de cobardía que jamás haya sentido. Y no sólo por venir de quien vino, sino porque, con las miradas cómplices de Pedro y de Miguel, la supe basada en un fundamento tan terrible como incuestionable. A eso le siguió una retahíla de reproches, a todas luces ensayada, con la que, en resumidas cuentas, los tres proclamaron solemnemente que la vida pertenece a los valientes y a los patriotas, que ellos habían decidido qué tipo de hombres eran y que necesitaban saber qué tipo de hombre era yo, supongo que para determinar si continuaban siendo mis

amigos o no. No tuve más remedio que darles la respuesta que querían escuchar y presentarme al día siguiente con ellos en la avenida del puerto, donde la Marina organizaba a los voluntarios. Mi mano trazó las grafías de mi nombre en la lista de inscripción bajo la estrecha vigilancia de mis amigos y luego se estrechó con la del oficial encargado del reclutamiento —un joven algo mayor que yo, embutido en una orgullosa casaca azul en la que brillaban tres engreídas medallas—. Éste, leyendo mi nombre de la lista, me dijo: «Gracias, ciudadano Nicholas Yannikis, por prestar tu sangre a la Causa griega». Con ello, se deshizo la severidad en el semblante de mis amigos, que, recuperando el candor más cariñoso de los trotes tempranos de nuestra amistad, estallaron en vítores, me abrazaron y corearon a gritos mi nombre. Auné todos mis esfuerzos para lograr una sonrisa —desolado como estaba por la premonición de muerte segura que timbraba la frase homérica del oficial—. No tiene sentido negar ahora que si me enrolé fue tanto por miedo a que mi cobardía ahuyentara a mis amigos, como porque temía que lo que decían fuese cierto: que el mundo es cosa de hombres de acción, y que mi actitud pusilánime me estaba abocando a desperdiciar la vida.

Contagiado del entusiasmo de mis camaradas (y estando aún como estaba lejana la fecha de partida) mis dudas parecieron disiparse. Diría que incluso llegué a sentir en el pecho un ardor guerrero como el que sólo había encontrado descrito en las novelas. Atenienses alistándose para liberar Creta de sus tiranos; éramos como los protagonistas del mito de Teseo y el Minotauro, me repetía sin cesar. Hasta fantaseábamos con la posibilidad de una batalla contra los otomanos en las ruinas del laberinto y de encontrar a una bella Ariadna a la que rescatar...

Pero conforme fue acercándose el momento de hacerse a la mar, mi valentía se reveló un mero espejismo. Mi

familia no conocía mis intenciones y el secreto me ahogaba como una piedra atada al cuello de un náufrago. La presencia del *Radamantis*, la fragata en la que navegaríamos hacia Creta, fondeada en el puerto y que yo alcanzaba a ver desde mi ventana, me inspiraba el terror de una pesadilla.

Fue entonces cuando resolví una infame pero necesaria añagaza para evitar mi partida. Sabiendo que mi padre jamás me permitiría marchar a la guerra, fingí la equivocación de dejar a la vista pruebas irrefutables de mis intenciones a fin de que las encontrara y me prohibiese embarcar, quedando así intacto mi honor. Mi argucia surtió el efecto deseado y esa misma tarde el viejo médico acudió a casa de un célebre almirante al que había salvado la vida en el pasado para que le devolviera el favor salvando ahora la de su hijo. Milagrosamente, mi nombre desapareció de la sacralista de voluntarios y todos mis juramentos con él. Protegido tras los muros de mi encierro, a salvo de los remordimientos, vi desplegarse las velas de la fragata y al viento llevársela hacia la bruma del mediodía. Sólo cuando hubo desaparecido por completo, respiré tranquilo.

Y en efecto, aquello me salvó la vida. A las pocas semanas, recibimos la noticia de que el *Radamantis* había naufragado a escasas millas de la isla de Creta. Se dijo que una tormenta se la había llevado a pique, pero también corrió el rumor de que el barco había estallado en pedazos tras rozar con una mina submarina plantada por los otomanos. Aquella teoría era improbable y a todas luces surgía del dolor de quienes se resistían a creer que todo hubiera sido un acto fortuito, una decisión de dioses resabiados, pero la responsabilidad del enemigo sirvió para dotar de heroicidad a la tragedia y consuelo patriótico a nuestros corazones, que al tiempo se emponzoñaron con odio renovado por el vecino oriental.

Sufrí una espantosa crisis de conciencia: Ioannis, Pedro y Miguel habían perecido en las procelosas aguas del Egeo creyéndome un hombre valiente que, de haber podido, se habría hundido con ellos. Ahora que estaban muertos y gozaban de la omnisciencia de las ánimas, sin duda verían a través de mis mentiras y sabrían con certeza lo que soy: el mayor y más terrible de los hipócritas. No tuve siquiera coraje para presentarme en los funerales. Temía que, en el instante mismo de poner un pie en el templo, se me revelara el Señor del Apocalipsis, con su corona de espinas, su espada llameante y sus siete estrellas en la mano, como al oscuro Juan en la cueva de Patmos, y denunciara ante todos mi pecado abominable. Me quedé paralizado a la puerta de la iglesia de San Nicolás, patrón de la Marina, incapaz de dar un solo paso. Los padres desconsolados y el resto de allegados y fieles, al cruzarse con mi estatua, me dedicaban tiernas palabras de ánimo que yo recibía como el peor de los castigos.

Desde entonces, la vida se me volvió insoportable. Dejé de comer, de dormir; horrendas visiones atormentaban mis sueños: veía los maderos del buque flotando sobre una gran cavidad de espuma blanca y los cuerpos de mis amigos hundiéndose lentamente en el abismo bajo las olas. Sentía mi existencia como un insulto a su recuerdo —¿por qué ellos, valientes, y no yo, cobarde?—, y en una ocasión obré para matarme. Lo tenía todo planeado, pero el condenado azar quiso que los criados de mi padre me descubrieran justo cuando me anudaba la soga al cuello, tras lo cual se me ocultaron las cuerdas y los venenos y se me puso bajo una vigilancia estricta, propia de un demente.

En mi desolación, acabé culpando a mi padre de lo sucedido. Lo acusé de haberme condenado a una vida de vergüenza, de impedirme morir como un hombre a bordo del *Radamantis*. Y llegado un punto ardiente de nues-

tra discusión lo llamé cobarde. Claro que aquéllos no eran mis verdaderos sentimientos; tan sólo quería aliviar la culpa que me carcomía tratando de crearme mi propia mentira sobre el soldado valiente y el padre pusilánime. Él se quedó paralizado. No me contestó, ni con palabras ni alzándome la mano. Se quedó atónito, mirándome sin furia pero con decepción, atravesado por una puñalada amiga. En ese momento, supe que ahora sí había cruzado el umbral de una condena insalvable y que hasta el fin de mis días llevaría impregnada en la memoria aquella mirada de dolor de mi padre.

Después de aquello, la condescendencia por mi sufrimiento se borró de su rostro y nuestra relación quedó herida para siempre. Entre nosotros cayó un terrible silencio en el que el eco del insulto rugía con la fuerza de una maldición. Mi madre y mis hermanos creían que todo se debía a mi desesperanza y que el tiempo, que todo lo cura, devolvería las aguas a su cauce, pero mi padre y yo sabíamos la verdad: nada nos curaría de aquello. Yo lo veía en sus ojos devastados, que a su vez miraban dentro de los míos y encontraban la ruina humeante de mi conciencia.

Al poco hizo por expulsarme del hogar y manumitirse así de la esclavitud de ser el padre de un hijo tan ingrato. Me consiguió un empleo en una casa importante de la ciudad para entrar como secretario, ayudante, o el puesto que tuvieran a bien darme, y con ello dio por concluidas sus responsabilidades para conmigo. Me acompañó a la entrevista en el que fue nuestro último paseo juntos. Con los años he ido inventando las cosas que nos dijimos en un nostálgico intento por dotar de significancia aquel momento, pero hoy ya no tiene sentido engañarme: el trayecto lo realizamos en el mismo silencio con el que llevábamos semanas flagelándonos el uno al otro.

La mansión se hallaba en la avenida de la Universidad, apenas a unas manzanas del palacio real y la plaza Síntagma. Pertenecía a una muy buena familia entre cuyos miembros figuraba el mismísimo patriarca ortodoxo de Atenas. Atravesé las rejas de hierro forjado y recorrí el camino de grava que serpenteaba entre césped y cipreses hasta la entrada. Antes de tocar la campana me volví para ver a mi padre, confiando en la misericordia de una sonrisa o un gesto de suerte que perdonara mis faltas. Fue en vano: se había ido sin esperarme. Nunca me he vuelto a sentir así de solo. En el fondo, sé que me lo merecía.

Agarré la cuerda de la campana y la hice sonar varias veces. Tardó unos segundos en abrirse una ranura en la puerta, por donde asomó el rostro receloso de un mayordomo al que di mi nombre y mis referencias. Me estuvo mirando de arriba abajo largo rato, como si no acabara de creermelo, antes de hacerme pasar. Sin mediar una sola palabra, me condujo a través de la casa —cruzamos tres recibidores ricamente decorados con frescos en techos y paredes, salones atestados de muebles estilo Imperio, galerías de baile con suelo de mármol y arañas de cristal— hasta una pequeña antesala en la que me indicó que esperara. Por supuesto, no me dio la más mínima información acerca de mi futuro empleador.

Allí aguardé durante casi una hora a que alguien me llamara o simplemente se acordara de mí. Durante los primeros veinte minutos de espera no me atreví a moverme, convencido de que de un momento a otro se abriría la puerta del despacho y me harían pasar. Pero el aburrimiento acabó liberándome de mis miedos e invitándome a curiosidad por las estancias aledañas. Reparé en que todos los frescos representaban escenas de la mitología griega, en concreto de la guerra de Troya. Identifiqué sin esfuerzo la escena del juicio de Paris, en el que el príncipe troyano

decide sobre la belleza de tres diosas decantándose por la de Afrodita, que en compensación le entrega el amor de Helena, la más bella de las mortales y esposa de Menelao, rey de Esparta; la del duelo entre Aquiles y el príncipe Héctor, que acaba con la muerte de este último; la súplica del rey Príamo de Troya por recuperar el cuerpo de su hijo y la compasión final del héroe de pies ligeros...; y la más famosa, la del caballo de madera entrando a la ciudad con los griegos dentro. El ciclo épico parecía dar la vuelta por todas las estancias de la casa.

En todo caso, aquellas pinturas no fueron lo único que llamó mi atención.

Sobre las repisas se exponían toda clase de sorprendentes antigüedades: fragmentos de mármol con relieve, bustos de actitud reflexiva, antiquísimas piezas cerámicas de arcilla pintada, monedas en oro y cálices en plata; tesoros de épocas perdidas, rescatados del olvido de la historia. Me dispuse a examinar una vasija en la que se representaba a las Musas cuando escuché el crujido atroz de una puerta abriéndose a mis espaldas. Regresé corriendo a la antesala, anticipándome a un despido aun antes de haber sido contratado. Mas allí no me esperaba un enojoso empleador de aire severo, sino una joven de unos dieciocho años y de la que al instante quedé prendado, como si fuera yo un héroe de antaño, o más bien un adolescente pueril. Era menuda y delicada, con la piel pálida, el cutis ligeramente picado y aun así brillante. La larga cabellera azabache envuelta en cintas le caía en cascada por los hombros, estrechos y sutilmente encorvados por lo que luego supe había sido una infancia encerrada entre lecturas. Sus grandes ojos homéricos —glaucos, o de color esmeralda— me estudiaron en silencio, temí que desaprobando mortalmente mi curiosidad, pero enseguida sus labios me tranquilizaron con una sonrisa cómplice.

—¿Usted es el hijo del doctor Yannikis? —preguntó. Tenía la voz de una adulta inteligente.

No pude más que asentir.

—Su padre me salvó la vida cuando contraje la viruela a los tres años. Estoy en deuda con él. —De nuevo sonrió, mostrando esta vez sus pequeños y hermosos dientes.

Me tendió su mano envuelta en un guante de muselina para que la besara, cosa que hice sin lograr que mis mejillas contuvieran el rubor.

—Mi nombre es Sofia Schliemann —se presentó.

Estaba tan nervioso que no reparé de primeras en lo germánico del apellido.

Me hizo pasar a un estudio. Ella se sentó tras el escritorio y me señaló dónde hacerlo yo. Sofia estudiaba con detenimiento mis rasgos, rasgos que yo a veces, ante el espejo, había fantaseado si no bellos, al menos sí diferentes o interesantes, los de un escritor o poeta atormentado, pero que ella sin duda vería tan sombríos como eran en realidad: mis ojos de expresión triste por los lentes que usé desde chico, mi nariz torcida con caballete, mi cara macilenta, la delgadez enclenque de mi pecho y mis brazos, el viejo traje que había sido de mi padre y que mi madre, con mil esfuerzos, arreglaba cada año para que siguiera pareciendo nuevo... Debí de parecerle un pobre diablo, un hijo natural, o, peor, un bohemio sin oficio. Cada vez me aferraba con más fuerza al portafolios de cuero en el que llevaba la carta de recomendación de mi padre, como única esperanza de salvación.

—El puesto es de secretario, ya se lo habrán comentado, ¿verdad?

Asentí sin convencimiento. Me costaba mirarla a la cara y a cada rato conjuraba mis emociones para desterrar la rojez de mis mejillas, aunque ésta se me resistía.

—Discúlpeme, señorita. ¿El puesto es para ser *su* secretario? —pregunté con un ligero balbuceo.

De serlo, me parecería harto imposible no aceptar el empleo. Cómo no servir a esa joven por quien mi cuerpo y mi espíritu ya se había declarado con un amor adolescente...

Ella soltó una risa exánime.

—No, en absoluto. Usted sería el secretario del doctor Heinrich Schliemann. Él no se encuentra actualmente en Atenas, razón por la cual me estoy encargando de hacerle yo la entrevista.

Confieso que me sentí aliviado y a la vez frustrado de que mi trabajo no fuera a consistir en facilitar la vida de aquella encantadora joven, redactando sus cartas y resolviéndole los asuntos. En cualquier caso, servir como secretario de su padre también me permitiría estar cerca de ella. Curioso, lector, cómo de pronto parecían haberse disipado de mi pecho todas las melancolías.

—Creo que su padre no le habrá comentado los detalles de este puesto —prosiguió la señorita Sofía.

—No, lo cierto es que no.

—Lo suponía... —dijo misteriosa—. Este trabajo no es en Atenas, sino en Turquía, concretamente cerca de Dardanelos, donde se encuentra ahora mismo el doctor Schliemann y donde aún habrá de pasar mucho más tiempo. ¿Es esto un inconveniente para usted, el trasladarse de forma indefinida a Dardanelos?

Apenas pude creer aquella venganza siniestra: mi padre me había impedido alistarme para ir a defender a nuestros hermanos griegos a Creta, pero no tenía inconveniente en enviarme como secretario de su amigo Schliemann al vasto y peligroso Imperio otomano. Recordé a mis camaradas, los imaginé flotando en el fondo marino entre las ruinas de su pecio, y el dolor se me atravesó en el pecho: tendría que haber desobedecido a mi padre, tendría que haber embarcado como polizón en aquel buque y haberme

hundido con ellos. Viajar a Turquía como un mero secretario cuando había estado tan cerca de morir por la noble causa de Grecia tenía para mí el viso de la traición.

La joven repitió la pregunta ante mi silencio.

—No, no es un inconveniente —contesté—. Pero ¿qué motivo ha llevado allí al doctor?

Me encontré con un gesto de asombro al otro lado del escritorio y de inmediato reconduje mi impertinencia.

—Quiero decir... Lo pregunto para saber cuáles serán las funciones que de mí se requerirán. Si es por un asunto de negocios o si es simplemente una travesía...

No tuve la certeza de que mis palabras bastaran para enmendarme, pero la señorita Schliemann pareció pasar por alto mi descaro.

—Todavía no se lo puedo decir —respondió, evitando mirarme—. Conocerá sus funciones y el motivo de nuestra presencia en Dardanelos una vez haya aceptado el trabajo y se haya embarcado hacia allí. En deferencia a su padre, le diré que entre manos tenemos un importante secreto. No podemos arriesgarnos a que usted lo sepa y luego rechace el empleo.

La joven abrió el cajón del escritorio y extrajo un sobre color crema.

—Yo parto mañana, pero aquí tiene usted un pasaje para el vapor de la semana que viene. Tiene hasta entonces para decidir. Si accede, sepa que alguien lo estará esperando cuando desembarque.

Comprendí la necesidad de discreción, pero esgrimí que no podía pretender que aceptara la oferta sin conocer ni un mísero detalle. Ella negó con la cabeza. Al hacerlo, un furtivo bucle le cruzó la frente. Pensé entonces en lo ridículas que eran mis exigencias, y que sólo por la oportunidad de verla cada día, el viaje merecería la pena aunque fuera a los confines del mundo.

—Sé que es poca información la que le ofrecemos. Y créame que me incomoda no poder darle más. Sin embargo, permítame una pregunta, señor Yannikis. ¿Usted se considera un patriota?

—¡Pues claro que sí! —proclamé empleando un vozerón. En aquel tiempo, como en este, esa pregunta no podía contestarse de otra forma si es que no se quería el ostracismo, aunque sin duda lo hice con un grito exagerado que compensara mi cobardía pretérita.

La señorita Schliemann sonrió complacida. Me dio la sensación de que alguien, quizá mi padre, le había recomendado apelar en caso de duda al sentimiento nacional, seguro de que mi culpa decantaría la balanza.

—Entonces venga con nosotros a Dardanelos. Le aseguro que, de triunfar nuestra expedición, el pueblo griego obtendrá el mayor triunfo de su historia.